

HISTORIA DE ESPAÑA

JOSEP FONTANA Y RAMÓN VILLARES - *Directores*

Domingo Plácido Hispania Antigua

VOLUMEN I



CRÍTICA

HISTORIA DE ESPAÑA

JOSEP FONTANA Y RAMÓN VILLARES - *Directores*

Domingo Plácido
Hispania Antigua

VOLUMEN I

Crítica | Marcial Pons

HISTORIA DE ESPAÑA

JOSEP FONTANA Y RAMÓN VILLARES - *Directores*

Vol.1:	Domingo Plácido HISPANIA ANTIGUA	Vol.8:	Julián Casanova REPÚBLICA Y GUERRA CIVIL
Vol.2:	Eduardo Manzano Moreno ÉPOCAS MEDIEVALES	Vol.9:	Borja de Riquer LA DICTADURA DE FRANCO
Vol.3:	Antonio-Miguel Bernal MONARQUÍA E IMPERIO	Vol.10:	Xosé M. Núñez Seixas (coord.), Lina Gálvez Muñoz y Javier Muñoz Soro ESPAÑA EN DEMOCRACIA
Vol.4:	Pablo Fernández Albaladejo LA CRISIS DE LA MONARQUÍA	Vol.11:	José L. García Delgado, Juan P. Fusi, José M. Sánchez Ron ESPAÑA Y EUROPA
Vol.5:	Pedro Ruiz Torres REFORMISMO E ILUSTRACIÓN	Vol.12:	José Álvarez Junco (coord.) Carolyn Boyd, Edward Baker y Gregorio de la Fuente LAS HISTORIAS DE ESPAÑA
Vol.6:	Josep Fontana LA ÉPOCA DEL LIBERALISMO		
Vol.7:	Ramón Villares y Javier Moreno Luzón RESTAURACIÓN Y DICTADURA		

Primera edición: mayo de 2009

Primera edición en esta nueva presentación: septiembre de 2023

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Domingo Plácido, 2009

© de esta *Historia de España*: Crítica/Marcial Pons, 2009

Diseño de la colección: Jaime Fernández

Frontispicio: «Los meses del año», mosaico de Hellín (Albacete), siglo III, Museo Arqueológico de Madrid

Documentación para Apéndices: Jaume Claret y Óscar González

Realización: Atona, S.L.

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-574-6

Depósito legal: B. 11.696-2023

2023. Impreso y encuadernado en España por Limpergraf



PRIMERA PARTE
HISPANIA PRERROMANA

Capítulo 1

GEOGRAFÍA HISTÓRICA DE LA HISPANIA PRERROMANA

LA PERCEPCIÓN DE LOS ESCRITORES GRECORROMANOS

La realidad de la distribución del territorio peninsular es conocida sólo en época romana, gracias a autores como Estrabón, Plinio y Ptolomeo. Antes, aparecen nombres de pueblos en Avieno, autor de la época romana bajoimperial que parece recoger sustancialmente un *Periplo* masaliota del siglo VI a.C., sobre un texto de posible origen fenicio, tal vez anterior al siglo VII; también se mencionan pueblos en Hecateo y en Heródoto, pero en todos los casos existen diferencias en el uso de algunos nombres que luego desaparecen. Avieno habla de los sefes, los cinetas, los cempsos en Occidente. Estos últimos ocupaban la isla Cártare (255), que correspondería al espacio situado entre el estuario del Guadalquivir y el Guadalete, o entre dos brazos del primero, aunque luego se dispersaron. Heródoto se refiere en el extremo occidente a cinesios (II 33) y celtas. Sus referencias aluden al mundo colonial y a Tarteso, situado al sur, pero sin localización precisa de una ciudad. Avieno menciona el *ager Tartesius* y el río Tarteso (223-225), igual que hacía ya en el siglo VI el poeta lírico Estesícoro. La identificación de Tarteso con *Gadir*, «fortaleza», nombre fenicio de *Gades*, Cádiz, está presente desde Avieno (85; 267-270).

El nombre de *Gadir* podría responder a las necesidades defensivas del asentamiento en relación con las poblaciones loca-

les, al margen de la función simbólica de las murallas como instrumento de definición del espacio. *Gades* aparece como centro organizador del mundo tartésico en el período orientalizante desde el santuario de Melkart, donde se revela la adopción de las formas culturales exógenas por parte de las clases dominantes del territorio tartésico en general. El culto se extiende por toda la Baja Andalucía, con representaciones en Carteya y Carmona, por lo menos, y proyección hacia la costa levantina y el Tajo. Parece haberse convertido en centro de un circuito occidental que podría haber incluido el norte de África y haber controlado paulatinamente las nuevas colonias del Mediterráneo andaluz. Así pues, en la creación de una cultura propia en la Hispania meridional puede haber influido el caso de Cádiz. Desde luego, tuvo que ser el centro de difusión de los rasgos orientalizantes propios de los yacimientos tartésicos de Huelva, Sevilla y Cádiz, donde se revelan los procesos de interacción. La nueva época significó la difusión de un estilo y la formación de una nueva estructura social con una clase dominante profundamente aculturada, en condiciones de aportar en favor de los colonos la colaboración productiva de las clases dominadas. Ello creó las condiciones para la formación de una cultura específica que se extiende desde la Baja Andalucía hasta la Alta, hasta Extremadura y por el litoral levantino hasta el sur de Francia.

Por otra parte, con respecto a las colonias del Mediterráneo andaluz, en la ciudad de Málaga se documentan materiales fenicios desde comienzos del siglo VIII, tanto junto al cerro de la Alcazaba, donde cabe la posibilidad de identificar un santuario de Astarté, como al borde de la vieja bahía. Lo mismo ocurre con *Sexi*, Almuñécar, tanto en el yacimiento de la ciudad como en la necrópolis Laurita, donde los restos coinciden con los de cerámicas indígenas del Bronce Final, que se corresponden con las del interior, mientras *Gadir* continúa sus relaciones principal-

mente con la Baja Andalucía. En alguna tumba de la necrópolis Laurita aparecen recipientes de líquidos destinados a la quema de sustancias olorosas.

En general, es preciso tener en cuenta un fenómeno derivado de los procesos mismos de la colonización, consistente en que se produce una confluencia de las referencias griegas, producto de la actividad del pueblo que entonces en gran medida controlaba la escritura, y de las noticias púnicas nacidas en el desarrollo inicial de los viajes fenicios. Es necesario distinguir entre Tarteso como referencia literaria, base para la atribución de hechos históricos por los antiguos y los modernos, y el concepto de Tarteso como horizonte arqueológico, que trata de establecer una relación con el Tarteso literario. En este sentido, puede considerarse la existencia de una cultura tartésica de influencia oriental, al margen de la cultura fenicia o colonial, que sí incidiría sobre la cultura tartésica. En cualquier caso, ésta recibe su nombre de unas referencias de los textos clásicos a un río o a un reino que siempre se remonta a la época de los primeros contactos coloniales y siempre dependen de la percepción de los autores griegos que la contemplan desde una perspectiva heliocéntrica. Desde el siglo VII, por otro lado, se documenta la presencia clara de materiales griegos en ámbito tartésico.

Avieno recoge del *Periplo* una tradición que seguramente se remonta a la época colonial, griega o fenicia, o resultado de la confluencia de ambas. De hecho menciona (42-50) fuentes de una y otra procedencia, como Hecateo, Helánico, Fileas, Escila-ce, Heródoto, Tucídides, entre los griegos, y Hanón e Himilcón entre los púnicos. Este último parece haber llegado en sus viajes más al norte de Galicia, donde se abriría una nueva etapa en los contactos de los colonos con las regiones del noroeste. Muchos objetos de oro del norte de Portugal, de Galicia y de Asturias de época prerromana derivan de estos contactos con el sur. Del

mapa que se halla detrás de las descripciones de Avieno, se deduce el conocimiento de Tarteso por parte del autor, seguramente como resultado de sus lecturas de autores griegos, igual que el de las Columnas de Hércules, identificadas con Abila y Calpe, en la costa africana y en la península Ibérica, respectivamente. Avieno participa de la opinión de que Tarteso había recibido luego el nombre de *Gadir* (269), que puede haber estado viva en la misma ciudad de *Gades* cuando Avieno estuvo allí, es decir en el siglo IV d.C. Sin embargo, también recoge para la isla de *Gades* otros nombres de la tradición griega, como Eritía y Continusa, que corresponden de manera hipotética a la ciudad de Cádiz y a la actual Sancti Petri. En relaciones comerciales con los tartesios cita las islas Estrímnidas y el cabo Estrimnis (113-114), de localización difícil, tal vez hacia Galicia, aunque algunos datos del texto hacen pensar en un lugar más cercano y meridional.

Estas referencias suelen atribuirse a fuentes púnicas, dado que los restos arqueológicos de época colonial hallados en el noroeste de la Península se identifican con viajes fenicios o cartagineses, que son los que justifican la presencia de objetos de oro de estilo orientalizante. Sin embargo, la tradición literaria también se refiere al viaje de Piteas de Masalia, la actual Marsella, que habría recorrido las costas occidentales para dirigirse a Tule, lugar del Atlántico norte considerado en parte legendario. En la misma línea pueden considerarse las tradiciones de los viajes de Hanón e Himilcón, cuyos resultados habrían sido aprovechados por Avieno. También suele considerarse un precursor de Avieno a Eutímenes de Marsella, que habría descrito el mar Exterior en su prolongación hacia el norte, igual que Euctemón, ateniense que parece haberle servido de fuente sobre la región de las Columnas. En cualquier caso, el texto de Avieno guardaría memoria de las relaciones atlánticas de los tartesios en la Edad del Bronce,

confirmadas en parte por datos arqueológicos que no son posteriores a mediados del siglo VIII. También son imposibles de precisar las zonas donde se citan ligures y celtas. El nombre del lago Ligustino, citado por Avieno (285), lo pone Esteban de Bizancio (s. u.= THAIB142ba), que también menciona una ciudad del mismo nombre (Ligistina), en relación con los ligios o ligures. El nombre Ligística se aplica por otro lado al conjunto de la Península, según Eratóstenes, en Estrabón, II 1, 40. En varios lugares, el nombre de *Iberia* se relaciona con un río *Hiberus* o *Íber*, como se ve en el comentario de Esteban de Bizancio a la denominación griega de las *Hispaníai* (THAIBas). El desplazamiento de topónimos y etnónimos es un fenómeno frecuente, relacionado con el proceso de conocimiento de parte de los observadores grecolatinos y púnicos. En este caso, responde al conocimiento colonial de las zonas mediterráneas de la Península y del sur de la Galia. El llamado lago Ligustino, con los asentamientos situados en sus riberas, representaba un importante centro con gran potencialidad para las relaciones con los indígenas. Todo este espacio manifiesta síntomas de haber poseído rasgos sacros en la ocupación precolonial, lo que debió de influir en los asentamientos fenicios. Varios son los lugares que muestran huellas de dicha funcionalidad, como Coria del Río, Lebrija, Sanlúcar de Barrameda, hasta llegar a la propia Sevilla. Las relaciones con el noroeste pueden haberse renovado desde aquí a partir del viaje de Himilcón, hacia 460. La toponimia de la región sólo se helenizaría a través de la intervención de los romanos republicanos de tendencia filohelena, Cepión y Bruto.

Luego menciona Avieno a cempsos y sefes en el territorio de Ofiusa, y a los drárganos. Junto a los cempsos se encuentran los cinetas. Prisciano, *Periégesis*, 336 (THAIB143c), nombra a los cempsos a continuación de los tartesios, pero los sitúa al pie de las colinas de Pirene. Son los últimos de Europa y fluye el Ana a

través de ellos. El Promontorio Sacro se encuentra a un día del Ana, como frontera de los cinetas (223). Éste es un nombre ya conocido de los griegos, por ejemplo por Heródoto, II 33 y IV 49. Polibio, X 7, 5, se refiere a los conios, que suelen identificarse con cinetas y cinesios, más allá (según las traducciones, aunque el texto de los manuscritos dice «dentro») de las columnas; Apiano, *Iberia*, LVII 239, dice que los lusitanos desde el otro lado del Tajo devastaban el territorio de los cúneos aliados de los romanos y tomaron su gran ciudad, Conistorgis; Estrabón, III 1, 4, habla de un territorio llamado *Cuneus*, en las proximidades del Promontorio; Mela, III 7, se refiere al *ager Cuneus*, donde sitúa ciudades como *Myrtili*, Mértola (*TIR* J29 IVe), *Balsa*, en la Quinta da Torre d'Ares, Faro (*TIR* J29 IVf), y *Ossonoba*, Faro (*TIR* J29 IVf), todas en Portugal; Herodoro, *THAIIA*46, tomado de Esteban de Bizancio, habla de Cinético como lugar próximo al Océano.

Avieno se refiere a los «hiberos» como habitantes del suroeste (250), donde coloca a los tartesios y cilbicenos (254-255). Puede haber sido el primer espacio al que los griegos dieron el nombre de Iberia, lugar que conocieron antes que el resto. Ello ha inclinado a algunos a pensar que el primer río *Iber* sería el Tinto, en la provincia de Huelva, y no el Ebro. En la zona también sitúa Avieno el pueblo de los etmaneos (300), en la llanura que se aleja del mar, y a los ileatas. Los cilbicenos ocuparían zonas costeras (303). La mayoría de estas denominaciones desaparecen en las fuentes posteriores.

Las referencias tomadas de las fuentes de Avieno y el origen de los nombres usados por el poeta son mayoritariamente inaccesibles. Igualmente se refiere a la presencia púnica en la Península (376) y a los viajes griegos. Cita a ese respecto a los libiofenicios y a los masienos (421-422) en la costa mediterránea meridional. Los primeros se relacionan con los *Poeni* de Ptol-

meo (II 4, 6), identificados con los bástulos, así como con los blastofenicios de Apiano (*Iberia*, LVI 235). Pueden referirse a los primeros asentamientos de púnicos procedentes del norte de África. En general, las fuentes indican que no era clara la diferencia de bástulos con masienos o mastienos. Esteban de Bizancio (*THAIIB142bf*) coloca a los «mastianos» cerca de las Columnas y cita para ello a Hecateo. La forma «mastienos» es más antigua: los *Massieni* se citan en Avieno, 422, también como *oppidum* y *urbs* en 450 y 452. Los términos citados parecen hacer referencia a estructuras urbanas, aunque el primero suele ser menos preciso y aludir tanto a asentamientos muy rudimentarios como a ciudades propiamente dichas, mientras que el segundo contiene las connotaciones propias de los procesos clásicos de formación de ciudades. Todo ello parece referirse una vez más al mundo colonial.

Los gimnetas, nombre derivado de la isla Gimnesia, se sitúan por parte de Avieno en el lugar donde se localiza el llamado *terminus Tartesiorum* (463). Se trata sin duda de una palabra griega relacionada con las colonizaciones. También los sicanos (464) responden a una denominación griega. Cerca se hallan lugares con otros nombres de origen griego, como *Hemeroscopium* (476). Luego menciona a los *Berybraces* (485), dedicados al pastoreo. Se identifican con los bébrices de Escimno, 202, y Esteban de Bizancio, *s. u.*, que los sitúa junto a los iberos (*THAIIB142k*). Al norte aparecen los hiberos, que se extienden hasta el Pirineo (473-475). Se trata sin duda de un antiguo uso restringido del término, bastante definido en relación con lo que suele conocerse como cultura ibérica. Tanto por ciertos usos en los textos clásicos como por la definición extraída de los espacios donde se encuentran ciertos rasgos de la cultura material que se identifican convencionalmente como iberos, la cultura ibérica suele extenderse desde el Ródano a las Columnas de

Hércules, en la idea de que se trata fundamentalmente del final de la ecúmene. De todos modos, tanto por las denominaciones como por los rasgos de dicha cultura, parece evidente que se trata de un espacio heterogéneo, en el que la identidad cultural deriva de una construcción moderna.

Hecateo (560-480 a.C.) (*THA* IIA22-23) habla de elbestios y mastienos, cerca de las Columnas de Hércules, además de tartesios e iberos, con lo que parece distinguir las tres regiones con relación a los pueblos de las costas mediterráneas. Entre los iberos menciona pueblos desconocidos como los misgetos (23q), nombre que parece responder a la raíz griega de «mezclar», tal vez como referencia a la percepción helénica de un fenómeno étnico. Se identifican a veces con los ausoceretes, relacionados con la posterior *Ausa*, localizada en Vic (*TIR* KJ31 Ve).

En Heródoto, VII 165 (*THA* IIA38a), aparecen iberos como mercenarios enrolados contra Terón, en la batalla de Hímera de 480, de parte de Amílcar, en apoyo del tirano de Hímera. Existió un plan atribuido a Alcibíades de reclutar iberos en Sicilia, según Tucídides, VI 90, 2-3. Formaron parte del ejército cartaginés que atacó Selinunte en 409. Aquí siguen apareciendo con frecuencia. Jenofonte, *Helénicas*, VII 1, 20 (= *THA* IIA 55) cita como mercenarios de Dionisio a celtas e iberos. Se trata de agrupaciones integradas en relaciones de tipo clientelar cuyo jefe se ofrece a los jefes dominantes en un proceso de creciente aglutinación de entidades aristocráticas que compiten entre sí. Los mercenarios aparecen en Diodoro, *THAIIB88* ñad, desde finales del siglo v, al servicio de los cartagineses y de los tiranos de Siracusa. Dionisio I incluso los envió en apoyo de los lacedemonios a Grecia (Diodoro, XV 70, 1) en el año 368. Fueron utilizados también como guardia personal. Mercenarios iberos se encuentran igualmente en la batalla de Crimiso (341). Polibio habla de mercenarios ligustinos, celtas e iberos (I 17,

4=THAIIIB76a), en la defensa de Acragante frente a Roma en 262. En I 67, 7 (THAIIIB76c) vuelve a mencionar mercenarios iberos, celtas, ligustinos y baleares en relación con la guerra de los mercenarios.

Los celtas aparecen como población del Poniente en Éforo (THAIIIB63a y b), en el momento de marcar los extremos del mundo. Ocupan el poniente y el septentrión. Los célticos llegan hasta *Gades*, como recoge Estrabón, IV 4, 6. El recorrido de la Vía Heraclea va de Italia a los celtas, en Aristóteles (THAIIIB66c). En Plinio, III 113-114, los célticos son oriundos de Celtiberia y vienen de Lusitania, con lo que aparentemente se señalan dos rasgos, se definen como iberos occidentales y se incluyen en el conjunto de los lusitanos que caracterizan la fachada atlántica. Ello justificará la localización de los lusitanos en el Sacro, en IV 116.

Los celtas se sitúan más allá de las Columnas (Heródoto, II 33= THA IIA 38b), limitando con los cinesios. Los celtas vienen a ser como los *éschatoi*, los habitantes de los extremos. El término que les da nombre parece derivar de una raíz que significa «extremo» o «límite» y tendría por tanto un carácter exógeno, usado por parte de otros pueblos, luego acogido por los griegos en sus relaciones con el mundo del extremo occidente. En I 163, Heródoto distingue Iberia y Tarteso. Es posible que en esta referencia esté presente la experiencia focense y que identificara así la costa del Mediterráneo occidental, incluida la del Languedoc.

Estrabón, III 2, 14 (THAIIIB89o), recoge de Anacreonte y Heródoto la tradición sobre la riqueza, basada en gran medida en las minas de plata, de los reyes de Tarteso, seguramente como reflejo de las relaciones comerciales de época colonial y de los emporios protegidos gracias a las relaciones de hospitalidad con las jefaturas indígenas, lo que constituye el ambiente en que se fundamenta la creación de la imagen literaria de Tarteso. Su importancia se sustenta en el proceso de desarrollo de la economía mo-

netaria vigente en esta época en las ciudades griegas. Seguramente en esos tiempos no hay un centro urbano como tal, lo que permite que luego las fuentes identifiquen Tarteso con *Gades* o *Carteia*, según la imagen del espacio occidental preponderante en cada momento. La base geográfica sería la sociedad del Bronce Final del suroeste y el trasfondo minero de la Sierra y de Riotinto. Al parecer estas identificaciones parten de su valor simbólico en el extremo del Mediterráneo, ya en época histórica.

Hay que distinguir entre la imagen mítica de Tarteso adaptada por los griegos o los romanos y la cultura material tartésica, aspectos que se han identificado por la investigación moderna. Así pues, en la cultura material tartésica hay que tener en cuenta que, desde los inicios de la época colonial, sus rasgos son inseparables de los correspondientes procesos de aculturación. En cualquier caso, suele considerarse que el punto de partida de lo que se identifica como horizonte cultural tartésico se halla en las últimas etapas del Bronce Final, fechadas a partir del año 1000, documentadas principalmente en el Cabezo de San Pedro en Huelva y en la Colina de los Quemados en Córdoba. Ello no obsta para que desde el año 900 comiencen a documentarse los signos de la orientalización como resultado de los contactos con los primeros asentamientos de la costa. Éstas son las características que aparecen ya en El Carambolo, donde se documenta el torno desde el siglo VIII, así como en Carmona y en Ategua, en yacimientos que se consideran propiamente tartésicos, si esta cultura se define como resultado de los contactos, aunque heredera del Bronce Final. Puede considerarse que se trata de los rasgos típicos de la precolonización, entendida como época de existencia de contactos sin asentamientos estables. Lo cierto es que este período coincide con una acentuación notable de la explotación de los yacimientos mineros, especialmente los de Huelva, con base en puntos de contacto relativamente esporádicos.

En Ategua, desde el siglo VI está presente la cerámica a torno de fabricación local, tras la aparición de los objetos que señalan la llegada de los rasgos que suelen atribuirse a los invasores.

Herodoro de Heraclea (*fl.* 400) habla de cinetas, tartesios, elbisinos, mastienos, celcianos, todos ellos como un solo pueblo, un solo *génos* (THAIIA46). Al norte están los gletes. Herodoro habla de un *génos Iberikón* que habita las costas del Estrecho. La visión colonial griega identifica como *génos* los pueblos primeramente conocidos. Los masienos se citan, en Teopompo (THAIIIB64b), como vecinos de los tartesios. También se citan los tletes en Teopompo (THAIIIB64c), como «vecinos de los tartesios», que suelen considerarse como iguales a los gletes de Herodoro, e incluso a los ileates de Avieno, 301-304. Esteban (THAIIIB142y) menciona a los cinetas y cinesios junto al Océano, con cita de Herodoro. A los gletes los sitúa como vecinos de los cinetas (THAIIIB142an). Los elbisinos se identifican con los olbisinos en comentario a THAIIIB142bq, de Esteban. Los turdetanos y los túrdulos se mencionan como habitantes de Turdetania en Esteban de Bizancio (THAIIIB142ch); Artemidoro los llama turtos o turtitanos. Estrabón, III 2, 1-2, atribuye un espacio muy amplio de los turdetanos, diferentes de los iberos (III 1, 6). Desde el punto de vista arqueológico el nombre suele usarse para referirse a la cultura del suroeste, el territorio de la cultura tartésica, a partir del siglo V. En lo fundamental se integran en el mundo de la llamada cultura ibérica.

La definición de la Península por parte de Polibio, III 17, 2, toma como punto de referencia Sagunto, al pie del sistema montañoso que separa Iberia de Celtiberia. Polibio establece una frontera en los Pirineos entre iberos y celtas y la parte occidental de la Península la considera habitada por pueblos bárbaros (III 37, 11). Desde la época helenística se va imponiendo la tendencia a identificar el término Iberia con Hispania, pero a

través de un proceso vinculado a los conocimientos históricos reales de la época. Así, Polibio, III 37, 11, dice que, en sus tiempos, sólo se ha denominado Iberia la parte mediterránea hasta las Columnas; el resto todavía no tiene nombre, pues se trata de tribus bárbaras. Estrabón, III 4, 19, también se refiere a la dificultad de identificar pueblos en zonas bárbaras. En III 4, 5, alude a la falta de unidad de los pueblos de Iberia. La unidad sólo fue resultado de la presencia romana. Es la clave de toda la etnografía desde la perspectiva de los clásicos.

Los celtíberos son los celtas que no se identifican como iberos pero son de Iberia. Existen rasgos lingüísticos que incluyen en una misma comunidad a vascones, cántabros y carpetanos. En este aspecto, existen rasgos que no coinciden en sus límites con las denominaciones dadas por los colonos o conquistadores, dependientes del momento en que son conocidos por griegos, en cuyo caso predomina el sufijo *-etes*, o por romanos, por los que se usa más bien el sufijo *-itani*. Hay por otra parte un área muy amplia caracterizada por su indefinición lingüística hasta que se llega a la latinización. Las denominaciones grecorromanas no siempre se corresponden con entidades lingüísticamente homogéneas. Sin embargo, en la región que en las fuentes antiguas se identifica la Celtiberia es donde se perciben más rasgos lingüísticos que se relacionan con las lenguas célticas de Europa.

Según el Pseudo -Escimno 173 y 176, a fines del siglo II (*THA-II B81b*), los celtas se encuentran en el ocaso, en paralelo con los escitas, los etíopes, los indios, todos ellos habitantes de los extremos; en 199, después de los libiofenicios, aparecen los tartesios, los iberos y, luego (201), los bébrices y los ligies y las colonias griegas. Livio, en la cuestión que ahora interesa, se limita a distinguir (*XXI 60, 4*) entre *maritimi populi* de la costa mediterránea y *ferociores gentes* del interior.

Los celtíberos aparecen en Estrabón, I 2, 27 (THAIIB89c), como pueblos mixtos de celtas e iberos. Están citados antes en Polibio, III 5, 1, y Diodoro, V 33. Se ha supuesto que el étnico comienza a usarse en las guerras púnicas sólo por los historiadores representantes del bando romano. El primer texto se refiere al asedio de Sagunto por Aníbal, en Polibio, III 17, 2. Los celtíberos de las campañas de Graco están localizados en la provincia de Málaga, en plazas como *Acinippo*, en Ronda la Vieja (TIR J30 XIg), y *Arunda*, en Ronda (TIR J30 XIg), tal vez porque ésa era la «provincia» que le había correspondido con la denominación de Celtiberia. Según Livio, XL 35, 1-10, le correspondió la Hispania Ulterior. Orosio, IV 20, 31-33, se refiere a las campañas de Graco en la Hispania Ulterior. Serían estos celtíberos los que en otros textos aparecen como celtas, o *Celtici*. La denominación coincidiría, en efecto, con la de algunos de los celtas de Plinio, III 14. Sería el primer territorio conocido como extremo desde época colonial, como ocurre con la mención de Ménace en Esteban de Bizancio.

El término se refiere a la población lejana de la península Ibérica, en ambas provincias, en las campañas de 180. La conquista de Munda por Graco tuvo lugar en Celtiberia, en XL 47, 2, en 179. Plutarco, *Sertorio* 3, 5, señala *Castulo* como celtibérica. También Toledo en Livio. El Betis nace en Celtiberia, en Estrabón, III 2, 11, en un dato tomado de Polibio. Los manuscritos de Estrabón, III 4, 12-13, colocan el nacimiento del Duero en Iberia, no en Celtiberia, lo mismo que el Betis.

No hay pues en las fuentes una Celtiberia inmutable hasta que se va definiendo con la conquista romana, como se ve en el mismo Estrabón, III 4, 19, que se refiere a su composición variable según los autores. Sobre la base de la cultura material tiende a considerarse Celtiberia la cuenca del Duero desde Soria hasta la frontera portuguesa, entidad que cobraría sentido a partir del siglo III, lo

que sirve para definir la celtiberización como un hecho cultural, y no étnico, a no ser que se entienda este término como referido puramente a la cultura material. El Ana es río de la Celtiberia en el mismo texto. En la misma época de la conquista tienen más protagonismo las unidades locales, como Palancia y Numancia, que las etnias como arévacos o vacceos. Éstas parecen configurarse durante la misma época de las guerras. No hay unidad ni para Celtiberia ni para las etnias parciales. Luego el término se va concentrando para referirse a los pueblos del Ebro y del Duero. En Plinio (IV 119), Celtiberia tiene enfrente las islas Casitérides, lo que vuelve a hacer referencia a los extremos. En Estrabón, III 4, 12, Celtiberia limita con *Gallaecia*, con lo que prescinde de los vacceos. Celtiberia tiene unas dimensiones grandes hacia el interior, hacia el extremo. En Ptolomeo aparece como celtíbero un conjunto más reducido, pero que abarcó otros que quedan eliminados, como titos, belos y lusones. En la época de la presencia romana llegaría a ser una unidad de reclutamiento, por ejemplo en el año 179, lo que contribuye a la identificación nominal de las etnias en las fuentes latinas. Mario usó en el año 102 *auxilia* celtibéricos. Es el caso también de los vascones. Se ha planteado la posible relación del nombre de lusones con el de lusitanos, extendido en el proceso expansivo por el suroeste peninsular, antes de hacerlo hacia el norte. Posidonio, que vivió entre 135 y 50 a.C. (*THAIIB* 79a), en texto recogido por Estrabón, III 2, 9 (*THAIIB*891), cita a los ártabros como los últimos de los lusitanos hacia el norte y el oeste, en lugares con eflorescencias de plata y oro blanco. Posidonio comenzaba sus *Historias* a partir de 146 a.C. Sus datos se refieren seguramente a la campaña de Bruto del año 138. Es posible que mencione como lusitano todo el territorio ocupado desde el sur y extendido a partir del paso del río del Olvido, donde se incluiría el extremo noroccidental de la Península. Luego, el de «lusitano» siempre fue un concepto más amplio que un pueblo.

El conocimiento de los pueblos prerromanos está condicionado por tanto por la marcha de los procesos de integración en el mundo romano, porque éstos influyeron en su caracterización étnica y porque son conocidos en la marcha de los mismos procesos. Para el conocimiento de la geografía étnica, las fuentes están constituidas por textos en los que se suelen utilizar los límites de los *conuentus* romanos, tanto en Plinio como en las inscripciones, salvo por parte de Ptolomeo, ya en el siglo II d.C., que conserva los «pueblos» como criterio de división de las provincias, aunque no tienen en esa época ninguna virtualidad administrativa, todos ellos con abundantes *póleis* de dudoso carácter urbano. La distribución, por tanto, presenta un carácter convencional, en la que siempre caben las limitaciones derivadas de la variedad y el dinamismo de los pueblos y su distribución geográfica. En realidad, lo que cuenta son los procesos complejos de etnogénesis frente a las teorías basadas en difusionismos, que explican los rasgos culturales por las teóricas procedencias desde otros pueblos, que en rigor tendrían que pasar a ser el objeto de atención para explicar los fenómenos, o en racismos, sobre la teoría de la identificación de raza y cultura. A ello se suma la dificultad de conocer hasta qué punto eran sólidos los criterios por los que las distintas fuentes clásicas aplican las denominaciones. Precisamente, uno de los problemas consiste en tratar de definir los procesos de identificación de las etnias por parte de las fuentes clásicas. En muchas ocasiones, aquéllas se identifican a partir del momento en que la intervención romana ha llevado a cabo una laboriosa manipulación, cuya culminación será la distribución en *conuentus*. Plinio, por ejemplo, usa como base para enmarcar a los pueblos del noroeste los *conuentus*, para los que utiliza denominaciones étnicas en el caso de los astures, aunque los cántabros quedan encuadrados en un *conuentus* más amplio, que lleva el nombre de

una ciudad, Clunia, y los galaicos como tales se dividen en dos *conuentus* conocidos por el nombre de las capitales, lucenses y bracarenses.

En lo que se refiere a los pueblos iberos en concreto, Estrabón, III 4, 8 (*THAIIB89r*), cita a los leetanos, que se identifican con los *Laeetani* de Plinio, III 21, y Iartolayetas. Los hesdetes aparecen citados en Esteban como pueblo ibérico (*THAIIB142ap*). Los ilargaugatas o ilauragatas se citan igualmente en Esteban (*THAIIB142av*), a los que el comentario identifica con ilergetes. Puede ser el nombre colonial originario para éstos y los ilercaones a través de *Ilerda*, que Avieno (475) sitúa en la costa y que ha podido desempeñar un papel en la identificación de las poblaciones. El pueblo de los ilergetes se encuentra definido ya en los textos de Polibio, III 17, 2; 35, 1, en relación con la expedición de Aníbal hacia Italia, factor que sirvió para identificar sus características étnicas y espaciales. Plinio, III 21, cita a los ilercaones en la costa, al sur del Ebro. El nombre de ilercaones, o ilergavones, parece definirse en paralelo a la expansión del iberismo hacia el interior.

La raíz común a estos últimos pueblos, *iler-*, se extendería con la cultura colonial y la unificación que caracteriza la cultura ibérica desde el siglo VI. Coincidiría con los restos arqueológicos que extienden el iberismo al valle del Ebro, cuyos primeros síntomas aparecen desde el siglo VII, en que se detectan contactos indirectos con fenicios y, luego, con griegos, que afectan a las estructuras internas y a los patrones de asentamiento. Se trata de un área de cruces de elementos culturales de diferente procedencia, que influyen en la configuración de las etnias, dentro del proceso de aculturación. Los aspectos relacionados con la cultura ibérica llegan hasta San Antonio de Calaceite (*TIR KJ31 If*), en la cuenca del Matarraña, en la provincia de Teruel. Existe allí un poblado que continúa desde la cultura preibérica, pero que sirve de instrumento de jerarquización del área cuan-

do, desde el siglo V, llegan las importaciones de la costa mediterránea. La situación se extiende hacia el siglo IV con la adaptación como satélites defensivos de asentamientos anteriormente independientes, lo que coincide con la aparición de cerámicas de figuras negras. De la costa llegan tanto materiales orientales como los ya propiamente ibéricos generados allí por el estímulo oriental. La llegada de cerámica de importación coincide con la adopción del torno del alfarero, que dará lugar a la cerámica de elaboración propia de influencia externa o fabricada por alfareros griegos asentados en la región. Se extienden por la zona hacia el oeste los poblados fortificados, que parecen marcar el territorio defensivo de un espacio controlado, junto a otros, de funcionalidad agrícola, más cercanos a San Antonio. En el siglo III los síntomas de la aparición de entidades estatales están cada vez más difundidos, lo que se notará en el período de la conquista. Tales características también penetran por el Ebro hasta la zona de Gandesa.

Esteban de Bizancio (*THAIIB142j*) cita también a los bargusios, según Polibio, III 35, 2, y Livio, XXI 19 y 23, y los sitúa junto al Ebro. Se identifican con los bergistanos de Livio, XXXIV 16, 9; 17, 5; 21, 2; 21, 6. Están presentes en las campañas de Catón, en la zona del Alto Llobregat. Ptolomeo, II 6, 67, cita *Bergousía* como ciudad ilergete. A los ólcades los sitúa «más allá del Ebro» (*THAIIB142br*). Están presentes también en Polibio (III 13, 5; 14, 3; 33, 9-10). Las circunstancias de la conquista favorecen la identificación de las poblaciones sobre los datos ambiguos procedentes de las fuentes coloniales. Los belitanos aparecen como parte de los lusitanos (*THAIIB142m*). Los carpesios (*THAIIB142t*), de Polibio, II 4, 12, suelen identificarse con los carpetanos. Se establecen relaciones con Calpe y Tarteso a través de Carpia (*THAIIB142u*).

El nombre «oritano», de Orisia, aparece en Esteban (*THAIIB142bs*), con dos ciudades, Orsia y Castalon. El de «tersitas»

(*THAIIB142cf*) se encuentra citado por Polibio (III 33, 9-10) en una enumeración de las tropas que los cartagineses mandaron a África, con mastianos, además de oretes iberos y ólcades. La denominación puede haberse conocido a través de los griegos de época colonial en contacto con los púnicos. Estrabón se refiere varias veces (III 3, 2; 4, 1 y 14) a los oretanos en la costa mediterránea.

ARQUEOLOGÍA Y ETNOLOGÍA

En este campo procede ante todo reconocer el problema de las relaciones entre pueblo, lengua y cultura material. En el estudio de esta última se constata la falta de coincidencia con el espacio atribuido a las denominaciones de las fuentes.

La arqueología de la colonización ha puesto de relieve varios problemas derivados del estudio de la historia a través de una metodología positivista y difusionista. El desarrollo de los modernos estudios arqueológicos y la tendencia a identificar etnia y cultura material ha creado una historia caracterizada por la disyuntiva entre la presencia de los fenicios y la de los griegos. Las referencias literarias a veces atribuían una colonia a la acción de los griegos, pero los restos materiales no se correspondían con dicha paternidad. Ha sido necesario diferenciar los asentamientos y los objetos y establecer una metodología que evitara la definición mecanicista de las culturas. Se ha planteado por ello de modo patente el problema de saber qué tipo de restos arqueológicos indica la existencia de una ciudad u otro tipo de presencia, así como dónde puede encontrarse el dato que certifique el acta de nacimiento de un espacio y sus rasgos culturales.